

VIII Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos (ENDUC-8)
Aportes católicos al desarrollo histórico de Argentina

Panel: El “estar siendo” del Barrio San Francisquito desde el ayer, en el hoy y hacia el mañana.

Construyendo la comunidad de destino desde la religiosidad

Área II: La sociedad humana: dialogo y contexto socioeconómico

A) Aporte histórico a temas clásicos: Educación. Participación e inclusión.

Construyendo la comunidad de destino desde la religiosidad.

Objetivo: Reconocer y destacar la tarea evangelizadora y de promoción realizada en nuestro barrio.

Nombre y Apellido del autor: Lic. Fernández, Carlos Constantino, Chassaing 7646, (2000) Rosario. 0341 153193829. Email: carlosfernandez@uca.edu.ar Facultad de Química e Ingeniería “Fray Rogelio Bacon” Universidad Católica Argentina sede Rosario.

Pbro. Agustín Amantini.

Resumen

Si hablamos de orígenes y de personas, no podemos escaparnos de pensar en la vida, esa vida que por ser vida y sobre todo humana, está siempre exigida desde la “necesidad” que viene del cuerpo, de la carne, de la biología, pero que inexorablemente la trasciende hacia una dimensión diferente y complementaria que llamamos inmaterial, espiritual. Una vida tejida con trabajo, barro, sangre y rezos es lo que venimos a contarles en ésta oportunidad. Nada nuevo, si entendemos la vida de los hombres y mujeres, en general y de esta forma, algo completamente nuevo si del Barrio San Francisquito se trata, pues no es un barrio más u otro barrio, hoy de la Ciudad de Rosario, sino porque queremos ir descubriendo ese “barrio – otro” que desde él mismo se no va descubriendo en su novedad.

A partir del testimonio vivo y actual, en una ida y vuelta de recuerdos, preguntas, experiencias, vivencias el Padre Agustin Amantini, nos contará y nos mostrará el “estar siendo” de la comunidad en la que por muchos años vivió y desarrolló sus sueños de Pastor, de amigo y vecino de barrio. Para esta tarea apelaremos a los recuerdos y a un rico material parroquial que el Padre conserva como síntesis de tantas calles recorridas.

Introducción

El título de nuestra presentación hecha mano de un verbo que puede ser aplicado a muchas realidades y acciones humanas. El construir es una prerrogativa del hombre en pos de transformar en mejor lo dado. Es un verbo de acción en clave positiva, ya que su reverso negativo sabemos que es: destrucción. También esto acontece en el accionar humano, pero en éste escrito no lo abordaremos.

Decimos que la construcción puede vincularse a diversas esferas, pero nosotros la aplicamos a lo que denominamos “comunidad de destino”. Término compuesto por el ser comunidad desde un estar que supone el compartir con otros dicha realidad en miras al ser. Podríamos decir entonces que en este caso entendemos la comunidad de destino como un “estar-siendo”. El destino se orienta al ser y la dimensión comunitaria exige inexorablemente un estar.

Ahora bien, si alargáramos el término, también y en cierta forma, un hormiguero, una manada o una colmena podrían verse como una comunidad de destino. No obstante esta comunidad de destino que se construye en el estar siendo se realiza desde la “religiosidad”, es decir desde una dimensión específicamente humana, aunque no la única.

Ya decíamos que nos es curioso (algunos podrán pensar que hasta providencial) que tanto la fundación de la Ciudad de Rosario, como nuestro Barrio San Francisquito, integrado en la actualidad urbanísticamente a la primera, tengan en sus orígenes una vinculación tan estrecha a la piedad suscitada por imágenes religiosas (Nuestra Sra. del Rosario; San Francisco de las Llagas) en torno a las cuales aquellos hombres y mujeres se congregaron, movidos al principio por la veneración y el respeto, para luego echar raíces en un “estar siendo”, incluso llegando hasta la actualidad.

Simple y humildemente, les haremos llegar parte de esa construcción que fue proyectada y organizada para ser encarnada y realizada desde la animación de un Pastor, el P. Agustín Amantini, que además y sobre todo fue vecino, compartiendo por casi 35 años los destinos de aquellos que estaban siendo en el barrio a donde su fe y compromiso de sacerdote lo llevaron.

Una construcción que como ustedes podrán constatar no fue improvisada, sino realizada desde un proyecto común que partía del Evangelio y llegaba hasta el barro del barrio para transformarlo en ladrillo, sí ladrillo, aquello que en tiempos anteriores llevó a muchas familias a echar raíces en dicha tierra para tomar de ella aquello que les permitía seguir siendo con la dignidad del trabajo.

En definitiva, hombres con un mismo destino laboral compartiendo el estar del lugar, y convocados desde la fe para construir no solo una comunidad de fe, sino también una comunidad donde la dignidad llegara a todos, incluso hasta aquellos que no la tenían.

Desarrollo

Si hablamos de orígenes y de personas, no podemos escaparnos de pensar en la vida, esa vida que por ser vida y sobre todo humana, está siempre exigida desde la “necesidad” que viene del cuerpo, de la carne, de la biología, pero que inexorablemente la trasciende hacia una dimensión diferente y complementaria que llamamos inmaterial, espiritual. Una vida tejida con trabajo, barro, sangre y rezos es lo que venimos a contarles en ésta oportunidad. Nada nuevo, si entendemos la vida de los hombres y mujeres, en general y de esta forma, algo completamente nuevo si del Barrio San Francisquito se trata, pues no es un barrio más u otro barrio, hoy de la Ciudad de Rosario, sino porque más bien queremos ir descubriendo ese “barrio – otro” que desde él mismo se no va develando en su novedad.

A partir del testimonio vivo y actual, desde un ida y vuelta de recuerdos, preguntas, experiencias, vivencias, el Padre Agustín Amantini, nos cuenta y nos muestra el “estar siendo” de la comunidad en la que por muchos años vivió y desarrolló sus sueños de Pastor, de amigo y vecino de barrio. Para esta tarea apelaremos a los recuerdos y a un rico material parroquial que el Padre conserva como síntesis de tantas calles recorridas.

Después de casi 35 años compartiendo los destinos del Barrio y ejerciendo su tarea de Pastor, el Padre Agustín pagó con su cuerpo dicha entrega (varios infartos y un par de ACV) y hoy vive en su casa paterna al cuidado de su hermano menor con capacidades diferentes en la cercana ciudad de Villa Constitución.

Me recibe con los brazos abiertos, una sonrisa amplia y sus ojos luminosos. La misma imagen, las mismas expresiones que evidenciara cuando lo visitaba en la Parroquia del barrio San Francisquito, hoy me llegan igual pero en otro lugar y en otro contexto.

Tenía sobre la mesa el material que me prometiera, pero sobre todo tenía el alma henchida de recuerdos, tenía el corazón exultante por compartir con nosotros esa vida de fe amasada con los hermanos, celebrada en los ritos y comprometida con las necesidades.

Me había preparado preguntas, a modo de “reportaje”, pero prevaleció, desde el inicio algo no tan “sistematizado”, vislumbré que el P. Agustín necesitaba que las vivencias fueran apareciendo en la medida que el corazón y la memoria lo permitiera o lo exigiera.

Su llegada al barrio ocurrió el 5 de Abril de 1975: - “Quiero empaparme de la realidad para ser uno más de ustedes”-, dijo en aquél día y en aquél comienzo. Todo un programa de vida y trabajo, a tal punto que al poco tiempo convocó para hacer una “Asamblea Parroquial y Barrial” que se llevó a cabo el 15 de Agosto de ese mismo año.

En aquellos tiempos el paisaje del barrio era muy diferente, se presentaba como “el patio de atrás de la sociedad” y sobre todo de la ciudad. Esto lo llevó a realizar

una evaluación urbanística y sociológica y a pensar junto a los vecinos cómo se desarrollarían las tareas pastorales en los años que tenían por delante, es decir, un proyecto a largo plazo. Había que evaluar qué se estaba haciendo, qué no estaban haciendo y que deberían hacer.

El Documento de Puebla en el nº 644 piensa la vida parroquial desde ésta perspectiva:

“La parroquia realiza una función en cierto modo integral de la Iglesia, ya que acompaña a las personas y familias a lo largo de su existencia, en la educación y el crecimiento de su fe. Es centro de coordinación y de animación de comunidades, de grupos y de movimientos. Aquí se abre más el horizonte de **comunión y participación**...La parroquia viene a ser para el cristiano el lugar de encuentro, de fraterna comunicación de personas y de bienes, superando las limitaciones propias de las pequeñas comunidades. En la parroquia se asume, de hecho, una serie de servicios que no están al alcance de las comunidades menores, sobre todo en la dimensión misionera y en la promoción de la dignidad de la persona humana, llegando así, a los migrantes más o menos estables, a los marginados, a los alejados, a los no creyentes y, en general, a los más necesitados”.¹

Ya el Concilio Vaticano II en su Decreto “*Apostolicam actuositatem*” nº 18 había destacado la importancia de una organización en miras a un trabajo pastoral serio, como una de las claves para enfrentar los desafíos de renovación de la Iglesia y su accionar:

“La organización es también muy importante, porque muchas veces el apostolado exige que se lleve a cabo con una acción común, tanto en las comunidades de la Iglesia como en los diversos ambientes. Porque las asociaciones erigidas para la acción colectiva del apostolado apoyan a sus miembros y los forman para él, y organizan y dirigen convenientemente su obra apostólica, de forma que son de esperar frutos muchos más abundantes que si cada uno trabaja aisladamente.

En las circunstancias actuales es de todo punto necesario que en la esfera de la acción seglar se robustezca la forma asociada y organizada, puesto que la estrecha unión de las fuerzas es la única que vale para lograr plenamente todos los fines del apostolado moderno y proteger eficazmente todos sus bienes”.²

¹ III.ª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *La Evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, Documento de Puebla, Ed. de la Conferencia Episcopal Argentina, Bs. As. 1979. En adelante: DP

² Documentos del Vaticano II, BAC minor, Madrid 1978. En adelante: CVII.

Por otra parte, el Documento de Medellín, hecha luz sobre dicha problemática, en su parte primera, capítulo VI, punto 1 al tener una mirada sobre La Pastoral Popular y su situación:

“Hay un proceso de transformación cultural y religiosa. La evangelización del continente experimenta serias dificultades, que se ven agravadas por la explosión demográfica, las migraciones interna, los cambios socio-culturales, la escases de personal apostólico y la deficiente adaptación de las estructuras eclesiales.

Hasta ahora se a contado principalmente con una pastoral de conservación, basada en una sacramentalización con poco énfasis en una previa evangelización.

Pastoral apta sin dudas en una época en que las estructuras sociales coincidían con las estructuras religiosas, en que los medios de comunicación de valores (familia, escuela, y otros) estaban impregandos de valores cristianos y donde la fe se transmitía casi por la misma inercia de la tradición.

Hoy, sin embargo, las mismas transformaciones del continente exigen una revisión de esa pastoral, a fin de que se adapte a la diversidad pluralidad culturales del pueblo latinoamericano”.³

De esta forma se empezó a pensar y gestar dicha planificación pastoral. La misma fue acompañada por personas especializadas que fueron invitados a participar, con la intensión de convocar y sumar en miras al bien común.

La primera herramienta que se tuvo en cuenta y que se llevó a cabo, fue la de realizar un diagnóstico, llevando adelante una evaluación de la realidad urbanístico sociológica, ya que por aquellos tiempos, el barrio era una zona poco cotizada, llenas de galpones, con partes muy inundables, casi sin interés económico redituable y por lo mismo, sin ningún tipo de interés urbanístico ni de promoción humana hacia la gente que vivía allí.

No obstante, avizoraban mejoras, pues la ciudad crecía de forma progresiva, así que esperanzados en esto se anticiparon a cómo iban a responder a ese desafío sociológico y pastoral.

Así se armó un equipo de gente, de vecinos, desde los más simples a profesionales, planteándose cómo hacer un proyecto abarcativo para afrontar dichos desafíos de aquel presente (que hoy es pasado) y hacia el futuro (que hoy es nuestro presente), teniendo como meta sobre todo, cómo encarnar el ser Iglesia en el barro del barrio y en el tiempo ofrecido.

“La parroquia va logrando diversas formas de renovación, adecuada a los cambios de estos últimos años. Hay cambio de mentalidad entre los

³ *Documentos finales de Medellín*. Medellín: Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Septiembre de 1968. Edición digital de José Luis Gómez-Martínez; para la presente edición digital se ha seguido la presentación de la edición en libro de Ediciones Paulinas.]En adelante: DM.

pastores; se llama a los laicos para los consejos de pastoral y demás servicios; constante actualización de la catequesis, presencia mayor del presbítero en el seno del pueblo, principalmente por medio de una red de grupos y comunidades” (DP nº 631)

El punto de partida fueron los diagnósticos. Para esto se convocaron referentes teniendo en cuenta la composición del barrio: había docentes, empleados, peones, patrones, empresarios, comerciantes, gente de las fuerzas de seguridad, incluso se convocó a madres solteras, pues era una realidad a la que también había que dar respuestas y muchas veces con carácter de urgencia.

Fundamentalmente se convocó a personas con sensibilidad social para encarar ese desafío.

“Las parroquias urbanas, en cambio, desbordadas por el número de personas a las que debe atender, se han visto en la necesidad de poner más énfasis en el servicio cultural litúrgico y sacramental. Cada día se hace más necesaria la multiplicación de pequeñas comunidades territoriales o ambientales para responder a una evangelización más personalizante” (DP nº 111)

“Dará importancia a la pastoral urbana con creación de nuevas estructuras eclesiales que, sin desconocer la validez de la parroquia renovada, permitan afrontar la problemática que presentan las enormes concentraciones humanas de hoy”. (DP nº 152)

“La necesidad de trazar criterios y caminos basados en la experiencia y la imaginación, para una pastoral de la ciudad, donde se gestan los nuevos modos de cultura, a la vez que el aumento evangelizador y promotor de grupos de indígenas y afroamericanos”. (DP nº 441)

Durante más de un año hubo capacitaciones con profesionales de diferentes áreas. Se llevaron a cabo charlas y conferencias con gente de primer nivel, ateniéndose a todo un cronograma de formación. Dichas jornadas se realizaban los miércoles por la noche, pero como algunos no podían asistir, los domingos por la mañana se pasaba la grabación de la charla o conferencia efectuada. Tranquilamente podemos decir que fue un año completo de capacitación por duplicado.

“Es necesario continuar en las Parroquias el esfuerzo de renovación, superando los aspectos meramente administrativos; buscando la participación mayor de los laicos, especialmente en el Consejo de Pastoral; dando prioridad a los apostolados organizados y formando a los seglares para que asuman, como cristianos, sus responsabilidades en la comunidad y en el ambiente social”. (DP nº 649)

La configuración demográfica del barrio era bastante heterogénea. En un sector (desde la Avenida Francia hasta la calle Ovidio Lagos) se encontraba un grupo grande de personas venidas de los pueblos cercanos a Rosario. El Padre Agustín los llama “los Gringos de los Pueblos”, gente mayor, en su mayoría jubilada.

Otro sector, comprendido desde la Avenida Francia hasta la calle de la Iglesia (Caferata) estaba compuesta por semi-criollos, muchos de ellos habían trabajado en los hornos de ladrillos y quizás fueran de los primeros en afincarse allí.

El resto del barrio estaba compuesto por hombres venidos del norte de la provincia e incluso del norte del país, como así también había un gran número venidos de Entre Ríos.

Sobre la vía en desuso, que pasa frente al mercado, se instaló una villa de Correntinos.

Otro sector lo componían un grupo de bolivianos y algunos paraguayos. La mayoría de este último sector llegó para trabajar en el Mercado de Concentración y en el rubro de la construcción como albañiles.

Toda gente de trabajo, con valores familiares y culturales arraigados. Ellos mismos se encargaban de que no se afincaran en el barrio gente que en aquellos días se denominaban: "malandrines".

Todos estos hombres tenían una religiosidad propia de la gente de pueblo o de barrio, una religiosidad profunda y simple a la vez, amasada en el respeto y sobre todo en la honradez.

El trabajo de promoción, es decir, un intento para lograr que la gente del lugar pueda crecer en su dignidad, muchas veces postergada por quienes desde otras áreas no se preocupan ni se ocupan, tuvo tres pilares:

1. Las escuelas para crecer en la dignidad del saber.
2. Comedores comunitarios que al principio funcionaban en vagones viejos abandonados del ferrocarril, para apalear la dignidad del crecer en las necesidades fundamentales.
3. Dispensario barrial, para cubrir las urgencias de las necesidades sanitarias del lugar y recuperar la dignidad que exige el poder estar sano.

Una vez más encontramos en el Documento de Puebla aquella justificación de dicho accionar pastoral:

"Para que nuestra enseñanza social sea creíble y aceptada por todos, debe responder de manera eficaz a los desafíos y problemas graves que surgen de nuestra realidad latinoamericana. Hombres disminuidos por carencias de toda índole reclaman acciones urgentes en nuestro esfuerzo promocional que hacen siempre necesarias las obras asistenciales". (DP n° 476)

"La promoción humana implica actividades que ayudan a despertar la conciencia del hombre en todas sus dimensiones y a valerse por sí mismo para ser protagonista de su propio desarrollo humano y cristiano. Educa para la convivencia, da impulso a la organización, fomenta la comunicación cristiana de bienes, ayuda de modo eficaz a la comunión y a la participación". (DP n° 477)

En esta línea de pensamiento el Concilio Vaticano II ya iluminaba diciendo:

"El hombre vale más por lo que es que por lo que tiene. Asimismo, cuanto llevan a cabo los hombres para lograr más justicia, mayor fraternidad y un

más humano planteamiento en los problemas sociales, vale más que los progresos técnicos. Pues dichos progresos pueden ofrecer, como si dijéramos, el material para la promoción humana, pero por si solo no pueden llevarla a cabo.

Por tanto, ésta es la norma de la actividad humana: que de acuerdo con los designios y voluntad divinos, sea conforme al auténtico bien del género humano y permita al hombre, como individuo y como miembro de la sociedad, cultivar y realizar íntegramente su plena vocación". (CVII, Const. "Gaudium et spes" nº 35)

Esa "plena vocación" a la que está llamado el hombre, exige un desarrollo integral de todos aquellos aspectos que lo conforman: material y biológico, psíquico y espiritual.

De ahí que en ese proyecto de evangelización que se estaba gestando no pudiera faltar uno de promoción y atención a todas las necesidades de aquellos que conformaban esa comunidad de destino llamada "San Francisquito".

"Fuimos promotores y alentadores de escuelas oficiales", cuenta el P. Agustín al Diario La Capital en una entrevista realizada y publicada el sábado 26 de abril de 2008⁴. En la extensión de la parroquia no había escuelas secundarias, la única estaba fuera del radio parroquial.

Una cuarta parte de la ciudad no tenía escuela secundaria, con lo cual nos propusimos a corto plazo establecer una.

Nos llevó cinco años. Primero evaluamos la infraestructura y para eso contábamos con dos escuelas primarias: la de San Francisquito y la que funcionaba en Santa Isabel de Hungría.

Había que hacer una adaptación, pues en San Francisquito funcionaba una escuela en un vagón de tren. Las dos escuelas primarias funcionaban a medio andar, de esta forma empezamos a potenciarlas al máximo de acuerdo con las expectativas pedagógicas, jurídicas y administrativas que eran exigidas.

Por aquellos tiempos, cuenta el Padre, viajaba a Bs. As. al Consejo Superior de Educación Nacional con mucha frecuencia, un ir y venir agotador pero al mismo tiempo esperanzador.

La otra escuela que potenciamos fue la llamada "Gendarmería Nacional". Fue como un hijo ajeno del que nos hicimos cargo, pues por aquél entonces ni la Nación ni la Provincia habían creado escuelas en las 400 manzanas que teníamos como área parroquial.

Una vecinal había donado un terreno para que se hiciera una escuela en el barrio y lo más llamativo de todo esto es que la escuela tenía número y figuraba como si estuviese funcionando. Logramos que en ese terreno se construyera dicho establecimiento que en el transcurrir del tiempo, llegó a contar con dos mil alumnos.

⁴ Artículo "Un proyecto pastoral que se planificó hace 30 años y creció con el barrio", Entrevista. Padre Agustín Amantini, protagonista del desarrollo ejemplar de una comunidad. Diario La Capital, Suplemento Cáritas, Sábado 26/04/2008

Por fin, en el año 1980 se consiguió abrir y poner en funciones la escuela secundaria en Santa Isabel de Hungría en el turno noche, ya que durante el día en la misma funcionaba el colegio primario.

Para esta época las tres escuelas primarias de la zona estaban desbordadas en sus capacidades así que surgió otro proyecto educativo: “María Madre de la Civilización del Amor”. Para esto buscamos un terreno que estuviese equidistante de aquellas primarias que ya teníamos.

Incluso más adelante, en ésta última, comenzó a funcionar el aula radial de otra escuela que con el tiempo logró independizarse.

El mismo Concilio Vaticano II alentaba y fundamentaba dicha actividad pastoral de la siguiente manera:

“Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, por poseer la dignidad de persona, tiene derecho inalienable a una educación que responda al propio fin, al propio carácter, al diferente sexo, y acomodada a la cultura y a las tradiciones patrias, y, al mismo tiempo, abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos, para fomentar en la tierra la unidad verdadera y la paz”. (CVII, Declaración *Gravissimum educationis*, nº 1)

Los Obispos en Medellín también daban cuenta de dicha necesidad y urgencia:

“Esta Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se ha propuesto comprometer a la Iglesia en el proceso de transformación de los pueblos latinoamericanos, fija muy especialmente su atención en la educación, como un factor básico y decisivo en el desarrollo del continente. En casi todos nuestros países, hay que reconocer, ante todo, que se están haciendo esfuerzos muy considerables por extender la educación en sus diversos niveles, y son grandes los méritos que en ese esfuerzo corresponde tanto a los gobiernos, como a la Iglesia y los demás sectores responsables de la educación.

Con todo, el panorama general de la educación se ofrece a nuestra vista con características a la vez de drama y de reto. Al decir esto, no nos anima un espíritu pesimista, sino un afán de superación.

Considerando la urgencia del desarrollo integral del hombre y de todos los hombres en la gran comunidad latinoamericana, los esfuerzos educativos adolecen de serias deficiencias e inadecuaciones.

La educación formal, o sistemática, se extiende cada vez más a los niños y jóvenes latinoamericanos, aunque gran número de ellos queda todavía fuera de los sistemas escolares. Cualitativamente, está lejos de ser lo que exige nuestro desarrollo, mirando al futuro”. (DM, Parte I, Capítulo IV Educación nº 1,2 y 4)

Si a esta altura de lo presentado hacemos una evaluación, si nos atenemos a los frutos de dicha planificación, podremos hacer referencia a lo siguiente:

Según lo narrado por un boletín parroquial (con fecha en 2004) y en el que se recoge la historia de la Parroquia y el barrio, se puede leer: “En efecto, en sucesivas Asambleas Comunitarias, se evaluó y se resolvió que era urgente priorizar una **presencia pastoral** en todas las áreas vinculadas con lo social. Así tomaron auge el crecimiento del Colegio Parroquial; en el orden de la salud se comenzaron a brindar sucesivos servicios provisorios hasta llegar a la construcción del Dispensario (1978 – 90). Se promueve la creación de una Escuela Secundaria para el Barrio en Santa Isabel de Hungría (1978 – 80) ya que en ese tiempo ambas comunidades tenían el mismo Párroco. Se promocionó y alentó para la construcción de un área recreativa que floreció en el Club San Francisquito (1986). Propuesta y creación de una nueva Escuela para el barrio: “María, Madre de la Civilización del Amor” (1987). Iniciativa y constitución de diferentes “ollas comunitarias”, muchas de las cuales se convirtieron después en Comedores Comunitarios, sobre todo a partir de los saqueos del año `89. Surgimiento del Movimiento Cultural “Indoamérica, Memoria y Camino” para acompañar a tantos hermanos desplazados de sus lugares de origen y asentados en este barrio (1990). Resurgimiento del Centro “Esquiú”, convertido en “Casa de Todos” (1971-91) para actividades múltiples.”

Por otra parte, en el artículo ya citado, podemos encontrar el siguiente testimonio:

“Hoy al hacer un balance no le quedaron demasiadas cosas en el tintero. La comunidad cuenta con cuatro escuelas primarias y secundarias, incluso desde hace un mes tienen la habilitación para una escuela técnica; un centro de salud, una ONG que brinda talleres para discapacitados, una institución que se ocupa de la alfabetización de adultos y capacitación en la doctrina social; además de un nutrido grupo de voluntarios de Cáritas que desarrollan distintas tareas. Hicimos todo lo que planificamos, asegura el P. Amantini a modo de conclusión, después de haberse embarcado en la singular tarea de convocar a un barrio para planificar tres décadas de tareas parroquiales”.

“Contemplar las necesidades del barrio” es una de las frases recurrente en el relato del P. Agustín y sin lugar a dudas, lo hasta aquí presentado nos permiten ver la encarnación de ella. En este caso “del dicho al hecho” estuvo el trecho que llevó a la concreción.

A modo de cierre:

A lo largo de nuestra presentación se ha podido dejar ver que con mucha frecuencia utilizamos el término: “esta-siendo” como un paradigma que acompaña la reflexión para desde allí entenderla y expresarla.

Para esta mirada o perspectiva nos valemos de un cambio epistémico que pretende ir del “estar” al “ser” y lo realizamos de la mano del pensador Argentino Rodolfo Kusch, nacido en Buenos Aires (1922 – 1979) que se destacó como un verdadero arqueólogo de nuestro pensar argentino y americano. Habiendo querido llegar hasta lo más profundo del mismo, fue descubriendo aquello que a modo de

magma interno soporta la corteza de lo que vemos y permite a ésta su manifestación, en una búsqueda por superar la dialéctica de una cultura mestiza, polarizada entre el mero “estar” americano como categoría opuesta al “ser” europeo. Es el principal iniciador del empleo filosófico de la diferencia entre “ser” y “estar”, característica de nuestra lengua, para designar algo propio, aunque no exclusivo, sino universal, de lo que él mismo llamó “América Profunda” y que diera lugar a una de sus obras más emblemáticas.

De esta manera intentó darle un alcance y explicación filosófica a lo que él mismo descubrió en sus trabajos de campo antropológicos, tanto de las culturas indígenas (sobre todo las andinas), como en la cultura urbana popular latinoamericana. En la intervencionalidad de dichas dimensiones se puede comprender la existencia cultural de los pueblos y de los hombres como un “estar-siendo-así”. Nosotros intentamos llegar al “estar – siendo” de aquellos que habitan el barrio San Francisquito, un estar siendo desde la marginalidad y el hedor que dicho estar supone en contraste con la pulcritud del “ser alguien” propio de la urbanidad.

En categorías un poco más afín con la teología, podríamos decir que el “esta-siendo” se vincula con el “encarnarse”, pues dicho concepto alude a la dimensión humana de la espacialidad y temporalidad. La encarnación supone un estar que solo desde la humanidad se realiza en un determinado tiempo y espacio (estar), permitiendo que el ser se vaya realizando (siendo). Por otro lado, la encarnación como tal, conlleva un compromiso insoslayable con dichas dimensiones. Lo contrario sería la evasión.

La tarea llevada adelante por el P Agustín, se encarnó comprometiéndose en un estar- siendo espacio temporal (35 años en el barrio) y si bien estamos demasiados acostumbrados en escuchar hablar de logros o éxitos, conceptos demasiados relacionados con el ser alguien, preferimos referirnos a los “frutos”, pues el fruto tiene que ver con la vida y sobre todo el fruto surge de la tierra y vuelve a ella integrando lo diferente en lo nuevo para poder seguir estar siendo con los demás.

Bibliografía:

- Documento del Concilio Vaticano Segundo (1962), BAC minor, Madrid 1978.
- Documento de Medellín (1968) *Documentos finales de Medellín*. Medellín: Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Septiembre de 1968. Edición digital de José Luis Gómez-Martínez; para la presente edición digital se ha seguido la presentación de la edición en libro de Ediciones Paulinas.
- Documento de Puebla (1979) III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *La Evangelización en el presente y en el futuro de*

América Latina, Documento de Puebla, Ed. de la Conferencia Episcopal Argentina, Bs. As. 1979.

- Kush, Rodolfo, "*América Profunda*". (1962), Tomo II, Editorial Fundación Ross, Rosario, 2000.
- Scannone, Juan Carlos, "*Nuevo Punto de Partida de la Filosofía Latinoamericana*", Editorial Guadalupe, Buenos Aires, 1990.
- Artículo "*Un proyecto pastoral que se planificó hace 30 años y creció con el barrio*", Entrevista. Padre Agustín Amantini, protagonista del desarrollo ejemplar de una comunidad. Diario La Capital, Suplemento Cáritas, Sábado 26/04/2008.
- Boletín Parroquial San Francisquito, "*Un poco de historia, de la antes y de la de ahora*", 2004.